

VI

Hemos procurado caracterizar lo que ha sido Mirabeau en la familia, y luego lo que ha sido en la nación. Tenemos que examinar ahora lo que será en la posteridad.

Por más que se le hayan podido hacer con mucha justicia ciertas reconvenciones, creemos que Mirabeau quedará como grande hombre.

A los ojos de la posteridad, los hombres quedan absueltos de sus culpas por la grandeza de sus hechos.

En nuestros días, en que todas las cosas que él sembró han dado sus frutos, los cuales nosotros mismos hemos probado, frutos buenos y sanos en su mayor parte, pues también hay algunos que son amargos; en nuestros días, en que lo alto y lo bajo de su vida se comprende ya perfectamente, tan cierto es que para presentar bien a los hombres no hay cosa mejor que el curso de los años; en nuestros días en que ya no hay para su genio ni adoración ni execración, y ahora que este hombre, terriblemente traqueteado mientras vivió, ha tomado ya la reposada y serena que la muerte da a las grandes figuras históricas; ahora que su memoria por tanto tiempo arrastrada en el cieno o adorada en el altar, ha salido a la vez del Panteón de Voltaire y del albañal de Marat, bien podemos decirlo desapasionadamente: Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del Panteón y no el del albañal. La imparcialidad histórica, al limpiar su caballería ensuciada, no le ha quitado por eso su aureola. Una vez limpio el rostro, ha seguido refulgiendo.

Fijada ya la atención en el inmenso resultado político que el conjunto de sus facultades ha producido, puede examinarse a Mirabeau bajo un doble aspecto, es decir como escritor y como orador. Aquí nos tomaremos la libertad de no ser de la opinión de Rivarol; creemos que Mirabeau es más grande como orador que como escritor.

Su padre, el marqués de Mirabeau, tenía dos géneros de estilo, y como dos plumas en su tintero. Cuando escri-

bía un libro, un libro flamante para el público, para sorprender a caballeros y magistrados, tomaba el digno señor un ademán majestuoso, llegando a cubrir su pensamiento, bastante oscuro ya naturalmente, con todo el énfasis de la expresión, y no puede uno figurarse bajo que estilo hinchado y trivial al mismo tiempo, estilo descolorido e incorrecto que va arrastrándose por entre frases inferminables, no puede uno figurarse, decimos, como se ofuscaba la originalidad natural e incontestable de ese extraño escritor entre aseñorado y filósofo; prefiriendo Guesnay a Sócrates y Lefranc de Pompiñan a Píndaro; desdeñando a Montesquieu por atrasado, y deseando no obstante que le arengue su capellán; habitante anfibio de las meditaciones del siglo XVIII y de las preocupaciones del siglo XVI. Pero cuando ese hombre, ese mismo hombre quería escribir una carta, cuando no pensaba ya en el público, y tan solo se dirigía a su venerable hermano el comendador, o a su hija la *Sallantista* (1), o a la linda y alegre madamita de Rochefort, entonces ese ingeniero tan lleno antes de afectación se ponía en su punto, entonces nada de esfuerzo ni de hinchazón apoplética en el decir; su pensamiento en la carta de familia y de intimidad se esplayaba con expresión viva, original, resaltante, profunda, graciosa, y finalmente natural, en ese estilo aristocrático del tiempo de Luis XIV que San Simón hablaba con todos los requisitos del hombre, y madama de Sevigné con todos los requisitos de la mujer. Ya se habrá echado de ver, por las citas que de sus cartas hemos hecho. Después de haber visto un libro del marqués de Mirabeau, una carta suya es una revelación. Sin embargo, parece imposible. Buffón no acertaría a comprender esta variedad del escritor. Se ven ahí dos estilos, y no tenemos más que un hombre.

Bajo este punto de vista el hijo se parecía algo a su padre. Se podría decir, aun que con muchas restricciones que hay la misma diferencia entre su estilo es-

(1) Madama de Sallant. — (Nota del autor).

crítico y su estilo hablado. Únicamente debe observarse que el padre se hallaba a sus anchas en una carta, y su hijo en un discurso. Para encontrarse en su elemento natural, uno necesitaba su familia, el otro una nación.

El Mirabeau que escribe es algo menos que Mirabeau. Sea que trate de probar a la joven república americana la inutilidad de su *orden de Cincinnati*, y cuan inconsistente y estrambótica debe ser una caballería de labradores; ora se erija en censor de José II, ese emperador filósofo, ese Tito a lo Voltaire, ese busto de César romano en título abarraganado; ora vaya registrando el interior del gabinete de Berlín y saque de él esa *Historia secreta*; mandada quemar por la corte de Francia con todo el aparato jurídico, cosa que dicho de paso es una torpeza torpeza insigne, puesto que de esos libros quemados por mano del verdugo nunca dejaban de desprenderse chispas que se esparcían a lo lejos, a merced del viento que soplabá, por sobre el carcomido techo de la gran sociedad europea, sobre el maderamen de las monarquías, sobre todas las cabezas, que a la sazón estaban llenas de materias inflamables; sea que de paso zurriague a esa caterva de charlatanes que tanto ruido metieron en el siglo XVIII, Necker, Beaumarchais, Lavater, Calonne y Cagliostro; por fin, sea cual fuere el libro que escribía, siempre su pensamiento abarca dignamente el asunto, pero no siempre se adapta al pensamiento su estilo. Nunca carece su idea de grandeza, es constantemente elevada, pero al salir de su mente tiene que encogerse ante la expresión, como teniendo que pasar por una puerta harto baja. Si se exceptúan sus efocuentes cartas a madama de Monier, en las cuales se le halla todo entero, donde habla más bien que escribe, cartas que son arengas de amor así como sus discursos a las cortes constituyentes, son arengas de revolución; si se exceptúan esas cartas, repetimos, el estilo de su pluma no pasa en general de mediano, es bastante irregular, falto de brio en los extremos de la frase, perdiendo mucho su colorido con epítetos vulgares, pobre de imágenes, y sólo ofreciendo a trechos caprichosos mosaicos

de metáforas poco relacionadas entre sí. Se conoce al leerle, que las ideas de ese hombre no están hechas, como las de los grandes prosistas natos, de aquella substancia particular que se aviene con flexibilidad y blandura a todas las modulaciones de expresión, insinuándose hirviente y líquida todavía por todos los resquicios del molde en que el escritor la echa, y que luego se coagula, siendo primero lava y después granito. Se conoce al leerle, que se le han quedado en la cabeza cosas que es de sentir no hayan salido, que lo que hay en el papel no es más que una aproximación, que ese ingenio no está formado para expresarse en un libro de un modo completo, y se echa de ver que no es una pluma el mejor conductor posible para todos los fluidos comprimidos en aquel espíritu lleno de truenos.

¡El Mirabeau que habla es el agua que corre, es la oleada que arroja espuma, es el fuego que centellea, es el ave que vuela, es una cosa que tiene un ruido peculiar, es una naturaleza que sigue la ley que tiene marcada; espectáculo siempre sublime y que siempre es armonioso!

Ahora, todos los contemporáneos están unánimes en que el ver a Mirabeau en la tribuna era una cosa magnífica. Allí si que se le contemplaba por entero, todo poderoso. Allí, fuera mesa, fuera papel, fuera tintero lleno de plumas, nada de gabinete aislado, nada de silencio y de meditación, sino un mármol en que se puede sentar fuertemente la mano, una escalera que se puede subir corriendo, una tribuna a modo de jaula de aquella especie de animal bravío, donde se puede ir y volver, andar y estarse parado, dar resoplidos, cruzarse de brazos, con el gesto pintar la palabra, y con una mirada iluminar una idea; una aglomeración de hombres que pueden mirarse de hito en hito; un tumulto grande, acompañamiento magnífico para una voz grande también; una multitud que aborrece al orador, la asamblea, circuida por otra multitud que le quiere, el pueblo; en torno de él todas esas pasiones, todas esas medianías, todas esas ambiciones y almas diversas, que conoce bien y a las que puede arrancar el sonido que guste cual si fueran

teclas de un clavicordio inmenso; encima de él la bóveda del salón de la asamblea constituyente, hacía la que se alzaba a menudo sus ojos como si buscara pensamientos en ella; porque con las ideas que caen desde tan alta bóveda sobre una cabeza como la suya, se derrumban monarquías.

¡Qué bien parece allí ese hombre! ¡Cómo se halla en su terreno! ¡Cuán firme y segura tiene la planta! ¡Cuán admirable en su discurso es ese ingenio cuya grandeza se amengua al escribir un libro! ¡Con cuánta ventajosa la tribuna cambia con respecto a ese pensamiento las condiciones para su emisión exterior! ¡Qué transfiguración se observa al contemplar a Mirabeau autor de un libro y a Mirabeau orador!

En él todo era grandioso. Su brusco e impetuoso accionar estaba lleno de imperio. En la tribuna tenía un movimiento de hombros colosal, pareciéndose al elefante que trae su torre armada ya para el combate. Y lo que él llevaba era su pensamiento. La voz suya, aun sólo al lanzar una palabra desde su banco, tenía un acento formidable y revolucionario que se distinguía en el congreso como se distingue en una casa de fieras el rugido del león, cuya melena remedaba bastante su cabellera al moverse la cabeza. Con un fruncimiento de cejas todo lo revolvía, igual en esto a Júpiter *cuncta suscepit moventis*. A veces parecía que estaba como amasando el mármol de la tribuna. Su rostro, su ademán y su persona toda estaba hinchada de un plerórico orgullo que no dejaba de tener su majestad. Tenía su rostro una fealdad grandiosa y fulgurante que de vez en cuando producía un efecto eléctrico y terrible. En un principio, cuando nada se había decidido aun en favor o en contra de la monarquía; cuando entre el trono fuerte todavía y las teorías aun flacas, parecían los flancos poco más o menos iguales por uno y otro lado; cuando ninguna de las ideas que habían de triunfar en lo venidero había llegado aun a su desarrollo completo; cuando a la revolución mal armada, y mal guardada se la podía tomar aun por asalto y al parecer fácilmente

alguna vez acontecía que la derecha de la asamblea, creyendo haber derribado algún muro de la fortaleza, se precipitaba en masa hacia ella con fragorosos alaridos de victoria; pero en esto aparecía en la oreja la cabeza monstruosa de Mirabeau, y entonces era de ver como los agresores quedaban petrificados en medio de su embestida. El genio de la revolución se había hecho una égida con todas las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvecio, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Locke y de Rousseau, y había puesto la cabeza de Mirabeau en medio de esa égida.

Y no era solamente grande en la tribuna, que también lo era desde su asiento. Allí el interruptor era igual al orador. Tantas cosas decía a veces con una palabra sola como con un discurso. *Lafayette tiene un ejército*, decía a M. de Souleau, *más yo tengo mi cabeza*. A Robespierre le interrumpía con esta palabra profunda: «Este hombre irá muy lejos, porque cree todo cuanto dice.»

También interpelaba a la corte cuando se le ofrecía ocasión, y decía: «La corte por medio del hambre quiere reducir al pueblo al último apuro; ¡aquí hay traición! Piensa que luego le venderá la Constitución por un pedazo de pan». Por estas solas palabras ya se veía de ver todo el instinto del gran revolucionario.

Decía de Sieyes: «Es un metafísico montado sobre un mapa-mundi» caracterizando de esta suerte al hombre de teoría siempre pronto para pasar montes y mares.

En ciertos momentos era de una sencillez admirable. Un día o mejor una noche, en aquel discurso del 3 de mayo, cuando luchaba como un atleta con Robespierre por un lado y por otro con el abate Maury, el caballero de Cazalés, con la suficiencia de todo hombre mediano, le arroja esta interrupción: «Sois un hablador, y nada más». En esto Mirabeau se vuelve hacia el abate Gouttes que a la sazón presidía, diciéndole con inocente grandeza: «Señor presidente, a ver si mandáis que calle el señor de Cazalés que me llama hablador.»

Quería la asamblea nacional comenzar una exposición

al rey con esta frase: «La Asamblea trae a los pies de V. M. una ofrenda, etc.—«La majestad no tiene pies,» dijo friamente Mirabeau.

Un poco más abajo la asamblea quiere decir que «está embriagada con la gloria de su rey.»—¡Ya lo habéis pensado bien,—observa Mirabeau,—hombres que hacen leyes y estar embriagados!

A veces, con una palabra que parecía traducida de Tácito, caracterizaba la historia y tendencias de una casa soberana. Por ejemplo, a los ministros les gritaba: «No me vengáis con vuestro duque de Saboya, mal vecino de toda libertad.»

Otras veces se reía. La risa de Mirabeau era una cosa tremenda.

Se chanceaba con respecto a la Bastilla. «Mi familia, decía, ha tenido cincuenta y cuatro reales órdenes de encierro, de las que me han tocado diez y siete, ya veis que se me ha tratado grandemente.»

Hasta de sí mismo se reía. Acúsale Valfond de haber recorrido, el día 6 de octubre sable en mano las filas del regimiento de Flandes, arengando a los soldados. No faltó luego quien demostrase que esto lo había hecho M. de Gamaches y no Mirabeau: y entonces él añade: «De suerte que, bien examinado todo, la acusación de M. de Valfond nada tiene de muy sensible sino para M. de Gamaches, del cual se sospecha vehementemente y en debida forma de ser muy feo, puesto que así se me parece.

Otras veces no hacía más que sonreirse. Cuando se discutía en la asamblea la cuestión de regencia, la izquierda pensaba en el duque de Orleans, y la derecha en el príncipe de Conde a la sazón emigrado a Alemania. Mirabeau pide que ningún príncipe pueda ser regente si no ha jurado la constitución. Objétale el de Montlosier que un príncipe puede muy bien tener sus motivos de no haber prestado juramento; por ejemplo, puede haber hecho un viaje a ultramar... Mirabeau responde: «por supuesto que se imprimirá el discurso del proopinante; pido que se me permita hacer la fe de erra-

tas: *Ultramar*, léase *Ultra-Rin*.» Y con esta broma queda resuelta la cuestión. Aquí vemos como el orador se entretenía en jugar a veces con aquella misma que mataba. Según los naturalistas, hay también algo de gatuno en el león.

En otra ocasión, por haber los procuradores de la asamblea borroneado un texto de ley con mala redacción, Mirabeau se levanta y dice: «Pido que se me permita emitir con la natural timidez algunas reflexiones respecto a lo regular que sería que la asamblea nacional de Francia hablase en francés, y aun escribiese en francés las leyes que propone.»

En ciertos momentos, en medio de sus declamaciones populares más vehementes, se acordaba de improviso de quién era, y tenía arrogantes salidas de gentil hombre. En aquella época era de moda en elocuencia política el poner una imprecación cualquiera en todo discurso sobre las matanzas del día de San Bartolomé. Mirabeau echaba también su imprecación como los demás, pero decía de paso: «El señor almirante de Coligny, que, entre paréntesis, era un primo mío.» El paréntesis era digno del hombre cuyo padre escribía: «En mi familia no hay más que una mancha, que es tener un poco de sangre de los Médicis.—«Mi primo el almirante de Ligny», eso hubiera sido una fanfarronada de mal gusto en la corte de Luis XIV, en la corte del pueblo de 1791 era sublime.

En otra ocasión, también hablaba de su *digno primo el señor guarda sellos*, (1)» pero lo hacía de un modo muy diferente.

El día 26 de septiembre, el rey ofrece a la asamblea su vajilla de plata para atender a las urgencias del Estado. Los del lado derecho se deshacían en admiraciones, éxtasis, y hasta en lágrimas. «Lo que es, exclamó Mirabeau, no lloriqueo tan fácilmente, tratándose de loza de los grandes.»

(1) M. de Barentin. Sesión del 24 de junio de 1789. — (N. del A.)

Bello era su desdén, su risa bella, pero su cólera era sublime.

Cuando se había conseguido irritarle, cuando repentinamente se le había clavado uno de esos dardos que hacen dar un brinco al orador y al toro, si esto suponíamos, sucedía en medio del discurso, al instante lo abandonaba todo, se desentendía de las ideas aunque estuviesen a medio producir, cuidando muy poco de que viniera al suelo, por dejarla incompleta, la bóveda de los argumentos que había principiado a construir. Ahí dejaba bruscamente la cuestión, y se precipitaba con toda la furia de que era susceptible en el nuevo incidente. Y entonces, ¡hay del interruptor! ¡ay del torero que le había arrojado la banderilla! le acometía, le cogía por el vientre, levantábale y le hacía volar por sobre su cabeza, y le pisoteaba. Iba y volvía sobre su cuerpo, aplastándole, moliéndole. Cogía con su palabra al hombre fuera quien fuese, grande o pequeño, malo o malo, ciego o polvo con su vida, su carácter, su ambición, sus vicios y sus ridiculezes; nada omitía, aporreaba sin piedad a su enemigo en los ángulos de la tribuna, entonces hacía temblar, hacía reír, cada palabra suya era una herida, tenía la ira en el corazón, era soberbio y terrible. Era un furor leonino. ¡El grande y poderoso orador era hermoso, especialmente en esos momentos! ¡Entonces si que su tempestuoso resoplido hacía agachar las cabezas todas de la asamblea amilanada! Y lo más extraño era, que nunca raciocinaba mejor que cuando estaba ávido. La irritación más violenta, lejos de descomponer su elocuencia a fuerza de sacudimientos, hacía surgir en su mente una especie de lógica superior, y en el furor le acudían las razones decisivas como a otro las metáforas. Ora hiciese rebramar su mortal sarcasmo oídos del pálido Robespierre, aquel desconocido tremendo que más tarde debía tratar las cabezas como Foción trataba los discursos, ora mascase con rabia los dilemas correosos del abate Maury, volviendo a esculpírselos a la derecha cubiertos todavía con la espuma de su cólera, o bien que clavase las garras de su silogismo en la frase

lacia del abogado Target, siempre era grande y magnífico, conservando una majestad formidable que no llegaban a alterar sus movimientos más descompasados. Ya nos lo han dicho nuestros padres; quien no le había visto enojado no había visto a Mirabeau. En su enojo su genio manifestaba todos sus esplendores. Sentábale bien a ese hombre la cólera como la tempestad al océano.

Y por las palabras mismas, que sin advertirlo, acabamos de escribir, para figurar en lo posible la elocuencia sobre natural de ese hombre, la hemos pintado por la confusión misma de las imágenes de que nos hemos vliado. Efectivamente, Mirabeau no se parecía solamente al toro o león, o al tigre, o al atleta, o al águila, al pavo real, al océano, sino que en una esfera indefinida de metamorfosis sorprendentes, se parecía a un tiempo a todo lo que hemos dicho. Era Proteo.

Para los que le hayan visto y oído, ahora sus discursos no son más que letra muerta. Cuanto era relieve, color, movimiento, vida y alma, todo ha desaparecido. Todo eso se echa de menos hoy en tan hermosas arengas. ¿Dónde está el soplo que arremolinaba todas aquellas ideas como el huracán las hojas? La palabra es la misma, sí, pero ¿y el gesto? Ahí está el grito, pero ¿el acento? Tenemos el discurso, pero ¿y la comedia de este discurso? Porque, preciso es decirlo, en todo orador hay dos cosas, un pensador, y un cómico. El pensador queda, el cómico desaparece con el hombre. El trágico Talma muere por entero, Mirabeau medio muere.

En la asamblea constituyente había una cosa que no dejaba de asustar a los que observaban atentamente, era la convención. Para él que ha estudiado aquella época es evidente que desde el año 1789 se hallaba ya la convención dentro de la asamblea constituyente. No hay duda que se hallaba sólo en germen, en estado de feto. Para el común de las inteligencias aun era algo de indistinto, pero era ya muy terrible para el que supiera ver. Por supuesto cosa insignificante, casi nada, un matiz más oscuro que el color general, como una nota que a veces desentonaba en la orquesta, un estribillo lú-

gubre en un coro de esperanzas e ilusiones, un detalle que para el conjunto presentaba cierta discordancia, un grupo sombrío en un rincón obscuro, algunas bocas que pronunciaban ciertas palabras con un acento particular, treinta notas, nada más que treinta, que algún día debían ramificarse, según una ley de multiplicación terrible en *Girondeños*, en *Llanura* y en *Montaña*; el año 93 en una palabra, punto negro en el límpido horizonte de 89. Pero ese punto negro lo contenía ya todo, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 9 de Thermidor, trilogía sangrienta: Buzot, que había de devorar a Luis XVI; Robespierre, que había de devorar a Buzot; Vadier, que había de devorar a Robespierre, resultando de aquí una trinidad siniestra. De esos hombres, aun los más oscuros y medianos, como por ejemplo Hebrard y Putraink, tenían en las discusiones cierta sonrisa extraña, como si guardaran para más adelante, para lo venidero, algún pensamiento que no decían. En nuestro sentir, no sería malo que el historiador tuviera microscopio para examinar la formación de un congreso en el seno de otro congreso. Esa preñez se reproduce muy a menudo en la historia, y nos parece que aun no se ha observado cual corresponde; no era a buen seguro un detalle sin importancia en la superficie del cuerpo legislativo aquella excrecencia misteriosa que contenía el cadalso de todo un rey de Francia. El embrión de la convención en las entrañas mismas de la asamblea constituyente, debía de ser algo muy notablemente monstruoso, como si dijéramos un huevo de buitres por el águila.

Por eso, a algunos hombres superiores les atemorizaba la presencia de aquellos individuos impenetrables, que parecían reservarse para otra época. Ya echaban de ver, bien que muy confusamente, que no faltaban huracanes en aquellos pechos a pesar de que sólo dejasen escapar de vez en cuando alguna ráfaga. Decíanse en sus adentros si llegarían a desencadenarse algún día aquellos aquilones, y en ese caso, que sería de los elementos esenciales de la civilización que la revolución

del año 89 había dejado en pie. Rabaut-Saint-Etienne, que creía acabada la revolución, y lo decía en voz alta, olfateaba no obstante con algún recelo a Robespierre que no la creía principiada y lo decía en voz baja. Los destructores presentes de la monarquía temblaban ya ante los destructores futuros de la sociedad. Esos hombres, como todos los que están seguros de que el porvenir era suyo, eran altivos, sombríos, adustos, y el más infimo de todos ellos codeaba con desdén a los miembros más principales de la asamblea. Los más nulos lanzaban, según les dictaba su capricho y humor, interrupciones insolentes a los más graves oradores, y como ya se principiaba a vislumbrar que tendrían su representación en los acontecimientos que de un momento a otro pudiesen surgir, nadie osaba replicarles. Y entonces, cuando la asamblea venidera hacia temblar a la que ya existía, entonces se manifestaba con esplendor el poder excepcional de Mirabeau. Conociendo su omnipotencia, bien que sin saber que hiciese una cosa tan grande, gritaba al grupo siniestro que interrumpía sin miramientos a la constituyente: «¡Silencio, esos treinta!» y la futura convención enmudecía.

Aquel antro de Eolo pero permaneció quieto y reprimido mientras Mirabeau le tuvo el pie sobre la tapa.

Muerto Mirabeau, todas las intenciones anárquicas saltaron la valla.

Sin embargo creemos que Mirabeau murió oportunamente. Después de haber desencadenado tantas tempestades por el Estado, no hay duda que pudo por algún tiempo comprimir con su solo peso todas las fuerzas divergentes a las cuales estaba reservado el acabar con el desmoronamiento que él había comenzado; pero por esa misma compresión iban condensándose más y más, y un día u otro, más o menos lejano, debía nallar la explosión revolucionaria una salida, y arrojar muy lejos a Mirabeau, por muy gigante que fuese.

Concluyamos.

Si tuviéramos que describir a Mirabeau en pocas pa-

labras, diríamos: Mirabeau no es un hombre, tampoco es un pueblo, es un acontecimiento que habla.

¡Un acontecimiento inmenso! la caída de la forma monárquica en Francia.

Con Mirabeau, no eran posibles la monarquía ni la república. Excluía la monarquía por su orden gerárquico, la república le excluía por su rasero. Es Mirabeau un hombre a quien se ve pasar en una época de preparación. Para que el velamen de Mirabeau pudiera desplegarse en toda su anchura, se requería que la atmósfera social se hallase en aquel estado particular en el que nada preciso y arraigado en el suelo resiste, en el que cualquier obstáculo que al vuelo de las teorías se opusiere se quita fácilmente; en el que los principios que algún día constituirán el fondo sólido de la sociedad futura se hallan todavía en suspensión, con poca forma aun y poca consistencia. Toda institución establecida tiene sus respectivos ángulos, en cuya dureza tal vez el genio de Mirabeau se hubiera roto el ala.

Mirabeau tenía un gran tacto respecto a las cosas, y a los hombres. No hizo más que llegar a los Estados generales, y se puso a observar muy detenidamente y en silencio, en la asamblea y fuera de ella, el grupo de los partidos a la sazón tan pintoresco, Penetró la insuficiencia de Mounier, de Malouet y de Rabaut-Saint-Etienne que se afanaban trás una constitución a la inglesa. Juzgó con frialdad la pasión de Chapelier; la cortedad del ingenio de Petión, el énfasis literario de Volney; y también el abate Maury que necesitaba una posición, a Despremenil y a Adriano Duport, parlamentarios de mal humor y no tribunos; a Roland, aquel cecero cuyo guarismo era su mujer; al obispo Gregorio, que se hallaba como en estado de somnambulismo político. Al instante caló el fondo de Sieyes, a pesar de que era tan poco penetrable. Embriagó con sus ideas a Camilo Desmoulins, cuya cabeza no tenía la suficiente fuerza para soportarlas. También fascinó a Danton, habiendo entre los dos mucha semejanza, bien que Danton fuera

a los Guillemy, los Lautrec, y los Cazalés, especies de caracteres insolubles en las revoluciones. Presintió que todo iría tan a prisa que no había que perder tiempo. Además, como era valeroso en extremo, sin temer nunca al hombre del día, cosa bastante rara, ni al del día siguiente, cosa más rara todavía, toda su vida fué atrevido con los hombres poderosos; en su tiempo atacó sucesivamente a Maupeou y Terrav, a Calonne y a Necker. Se acercó al duque de Orleans, no hizo más que tocarle, y le dejó, desde luego, despreciándole por su doblez y poca firmeza. A Robespierre le miró cara a cara, y de través a Marat.

Había sido encerrado sucesivamente en la isla de Rhé, en el castillo de If, en el de Joux, en el fuerte de Vincennes. Con la Bastilla llegó a vengarse de todas esas cárceles.

En sus prisiones solía leer a Tácito, devoraba al historiador romano, con él se nutría, y así que llegó a la tribuna en 1789, aun estaba llena su boca de ese tuétano de león. Ya se echó de ver en las primeras palabras que pronunció.

Con todo, no acertaba a comprender lo que querían Robespierre y Marat. Al primero le tenía por un abogado sin procesos, y al otro por un medico sin enfermos imaginando que solo el despecho y la envidia les hacía divagar, opinión que acaso no dejaba de tener sus visos de exactitud. El nunca se volvía para mirar las cosas que a pasos tan precipitados iban llegando detrás de él. Lo mismo que todos los regeneradores radicales, tenía fija la vista en las cuestiones sociales mucho más que en las políticas. La obra suya no es la república, es la revolución.

La mayor prueba de que es el grande nombre verdadero de aquella época, se tiene en que ha quedado más grande que ninguno de los demás hombres que fueron brillando después de él en el mismo orden de ideas.

Su padre, quien no alcanzaba a comprenderle, como la asamblea constituyente tampoco alcanzaba a comprender a la convención, decía de él: «Este hombre no es»

menos grande y aun más feo. No intentó cautivar ni el fin ni el principio de un hombre.» Tenía razón. «Este hombre» era el fin de una sociedad y el principio de otra.

Mirabeau no es (menos importante para la obra general del siglo XVIII que Voltaire. Esos dos hombres tenían misiones semejantes, destruir las cosas antiguas y preparar las nuevas. El trabajo del uno fué continuo, y le ocupó a la faz de Europa durante toda su larga vida. El otro no ha estado en la escena más que unos cortos momentos. Para su común tarea, a Voltaire le fué dado el tiempo por años, y a Mirabeau sólo por días. No obstante, no ha hecho menos Mirabeau que Voltaire. No hay sino que el orador se vale de un procedimiento diferente del que emplea el filósofo. Cada uno atacó a su modo la vida del cuerpo social. Voltaire descompone, Mirabeau aplasta. El procedimiento de Voltaire es en cierto modo químico, el de Mirabeau es enteramente físico. Después de Voltaire, una sociedad se halla en disolución, después de Mirabeau en polvo. Voltaire es un ácido, Mirabeau es una maza.

VII

Y ahora, si para completar el conjunto del bosquejo que hemos procurado delinear, dirigimos una mirada desde Mirabeau y su época hasta nosotros, no será muy difícil echar de ver, atendido el grado en que hoy se halla el movimiento social principiado en 1789, que ya no tendremos a hombres como Mirabeau, sin que por eso pueda decirse a punto fijo cual será la forma de los grandes hombres políticos que nos dará el porvenir.

Hombres como Mirabeau ya no son necesarios, y como la providencia no crea a hombres semejantes si han de ser inútiles, por eso mismo son ya imposibles. Semilla como esa ni el mismo Dios la desperdicia.

Efectivamente, ¿de qué podría servirnos ahora un Mirabeau? Un Mirabeau es un rayo. Y ¿qué hay para ser fulminado? ¿Dónde están en la región política los objetos tan encumbrados que atraigan al trueno? No estamos ya en 1789, cuando tantas cosas había desproporcionadas en el orden social.

Ahora el suelo está, a corta diferencia, nivelado; todo está lleno y unido. Una tempestad como Mirabeau que pasase por encima de nosotros, no hallaría una sola altura en que cebarse.

No diremos por eso que, aunque no necesitamos ya a un Mirabeau, estén ya de más los grandes hombres. Muy al contrario, todavía hay mucho que trabajar.

En el momento en que nos hallamos, el partido del porvenir se divide en dos clases: los hombres de revolución y los hombres de progreso. Los hombres de revolución desgajan la antigua tierra política, abren el surco y echan la semilla; pero su faena dura poco. Los hombres del progreso se encargan de la cultura lenta y laboriosa de los principios, a ellos pertenece el estudio de las estaciones propicias para el ingerto de tal o cual idea, el trabajo cotidiano, el riego de la planta joven, el abono de la tierra, la cosecha para todos. Aguantando el calor o la lluvia, andan encorvados y sufren por el campo público, despedregando el suelo cubierto de ruinas, estirpando los troncos muertos de lo pasado que todavía de vez en cuando interceptan el paso en los caminos, descepando hasta las raíces muertas de los antiguos regimenes, escardando los abusos, esa hierba dañina, esa cizaña que nace y medra con tanta prontitud en todas las lagunas de la ley. Para eso es menester que tengan buen ojo, seguro el pie y la mano firme. ¡Son jornaleros dignos y concienzudos sin duda alguna, a quienes a menudo se recompensa muy mal!

Ahora bien, los hombres de revolución, a nuestro entender, han dado cima a su labor, que dejen pues ahora trabajar a los hombres del progreso. Después del surco venga la espiga.

Mirabeau es un grande hombre de revolución, ahora hemos menester al grande hombre del progreso.

Ya le tendremos. Tiene la Francia una iniciativa sobrada importante en la civilización del orbe, para que flegue a verse falta de hombres especiales. La Francia es la madre majestuosa de todas las ideas que a estas horas en todos los pueblos se hallan en misión. Bien puede decirse que desde hace dos siglos la Francia alimenta al mundo con la leche de sus pechos. La gran nación tiene la sangre rica y generosa, y fecundas las entrañas; es inagotable en cuanto a procrear genios, saca de su mismo seno todas las grandes inteligencias que le hacen falta, nunca carece de hombres que se hallan a la altura de los acontecimientos, y a su tiempo tiene a mano un Mirabeau para dar principio a las revoluciones, y un Napoleón para darlas fin.

A buen seguro que no le ha de negar la providencia el grande hombre social, y no exclusivamente político que para el porvenir se necesita.

Y mientras le estamos esperando, no negaremos que nuestro actuales hombres históricos, con pocas escepciones, son por ahora asaz pequeños; es por cierto muy triste, que los grandes cuerpos del estado carezcan de ideas generales y de simpatías extensas; es, por cierto, lamentable que se gaste en remiendos el tiempo que debiera emplearse en construcciones; es por cierto extraño el no tener presente que la verdadera, la única soberanía, es la de la inteligencia; que ante todo es menester ilustrar a las masas, y que sólo cuando sea inteligente, el pueblo, llegará a ser soberano; es por cierto afrentoso el que las magníficas premisas del año 1789 nos hayan traído algunos corolarios que recuerdan la terminación de la bella sirena en cola de pescado, y que hayan venido tantos botarates a pegar pobremente leyes de yeso en ideas de granito; es por cierto deplorable que la revolución francesa al venir al mundo haya sido tan mal cuidada; todo eso es muy cierto, pero nada irreparable se ha hecho todavía, ningún principio esencial se ha aho-

gado en el parto revolucionario; no ha habido aborto alguno; todas las ideas importantes para la civilización futura han nacido vivideras, y siguen creciendo, a pesar de todo, en robustez, estatura y lozanía. Verdad es que al llegar el año 1814, todas esas ideas, hijas de la revolución, eran aun muy niñas, aun estaban del todo en su infancia, y es forzoso convenir en que la restauracion borbónica fué para ellas escasa y triste nodriza. Con todo, a ninguna pudo dar la muerte. El grupo de los principios ha permanecido completo.

Hoy todo puede criticarse, no hay duda; pero el varón prudente y reflexivo debe mirar a nuestra época con alguna benevolencia. Debe esperar y tener confianza. A los hombres de teoría debe tenerles en cuenta la lentitud con que las ideas fructifican; a los hombres de práctica, ese íntimo y útil apego a las cosas que existen, sin el cual la sociedad se vería desorganizada con experimentos harto frecuentes; a las pasiones, sus fecundantes y generosas digresiones; a los intereses, sus cálculos que a falta de creencias tienen vinculadas entre sí a las clases; a los gobiernos, los pasos que dan a oscuras andando a tientas hacia el bien; a las oposiciones el aguijón que tienen constantemente en la mano y que obliga al buey a seguir adelante con su arado; a los partidos medios, la templanza que procuran en las transiciones; a los partidos extremos, la actividad que imprimen a la circulación de las ideas, las cuales son la sangre misma de la circulación; a los amigos de lo pasado, la asiduidad con que cuidan de algunas raíces vividas; a los entusiasmas del porvenir, su amor a esas flores hermosas que algún día llegarán a ser hermosos frutos; a los hombres de edad madura, su moderación; a los jóvenes, su paciencia; por fin, tenerles en cuenta a unos lo que hacen, y a otros lo que quieren hacer; y a todos la dificultad y el trabajo que hay en cada cosa de por sí.

Por lo demás, tampoco negaremos cuanto tiene de revuelta y tempestuosa la época en que vivimos. La mayor parte de los hombres ocupados en cosas del Estado,

ni siquiera saben lo que hacen. Están trabajando de noche y sin luz. Mañana, al ser de día, tal vez se quedarán no poco sorprendidos por su obra; contentos o espantados, ¡quién sabe! En la ciencia política ya nada hay que sea cierto y seguro, todas las brújulas se han perdido, la sociedad quiere ir a puerto y ponerse en salvamento; en el espacio de veinte años ya se le ha mudado tres veces ese palo mayor que llaman *la dinastía* y que siempre es el primero en ser herido del rayo.

En nada se nos revela aun la ley definitiva. El gobierno, cual ahora se halla, no es la afirmación de ninguna cosa; la imprenta, que no por eso deja de ser tan grande y tan útil, sólo es una negación perpetua de todo. Aún no se ha redactado con claridad y precisión ninguna fórmula de civilización y de progreso.

La revolución francesa ha habierto un libro inmenso para todas las teorías sociales, como si dijéramos un gran testamento. En él ha escrito Mirabeau su palabra, Robespierre la suya y Napoleón la suya. Luis XVIII le ha puesto un borrón. Carlos X ha rasgado la página. La cámara del 7 de agosto ha vuelto a pegarla en lo posible, pero nada más. Ahí está el libro, ahí está la pluma; ¿quién será osado a escribir? Aunque nuestros hombres actuales no parezcan efectivamente gran cosa debe no obstante el pensador dirigir una mirada investigadora a esa ebullición social tan perceptible.

Por nuestra parte, tenemos una confianza imperturbable.

¿Y quién no presiente en su interior, que dentro de ese tumulto y esa tempestad, en medio de esa lucha de todos los sistemas y de todas las ambiciones que tanta humareda levanta, bajo ese velo que todavía oculta a nuestros ojos la estatua social y providencial que a penas está en bosquejo, detrás de esa densa nube de teorías, de pasiones, de quimeras que están cruzando y chocando entre sí en esa especie de horizonte brumoso que atraviesan con sus relámpagos, por entre ese ruido de la voz humana que está hablando a un tiempo todas las

lenguas, bajo ese violento torbellino de cosas, de nombres e ideas que llaman el siglo XIX, ¿quién no presiente en su interior, repetimos, que algo grande se está ejecutando?

Dios sin inmutarse hace su obra.

FIN